

EcoEvangelio



Reconocemos su señorío

Domingo de la Ascensión, 21 de mayo.

Este día de la Ascensión del Señor a los cielos es para nosotros una fiesta de alegría, pues celebramos al Señor Jesús en su gloria. Una vez que fuera glorificado en el cielo, él pertenecería a todos los que quisieran acogerlo como su Señor. De ahora en adelante nosotros, su pueblo, tenemos que ser su figura y su rostro, su latido del corazón, su mano caritativa, su sonrisa y su fuerza, que remueve nuestra impotencia. No temamos: Él ha prometido estar con nosotros hasta el fin de los tiempos.

Evangelio: Mateo 28, 16-20

Los once discípulos fueron a Galilea, al monte que les había indicado Jesús. Al verlo, se postraron, pero algunos dudaron.

Jesús se acercó y les habló: «Me han concedido plena autoridad en cielo y tierra. Vayan y hagan discípulos entre todos los pueblos, bautícenlos consagrándolos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo».

Para meditar:

Según los textos bíblicos de hoy, de la exaltación de Cristo a la derecha del Padre, se deriva una doble consecuencia, o dos dimensiones de una misma realidad:

El envío y misión de la Iglesia son universales y no se limitan a Israel. El nuevo pueblo no tiene más fronteras a su aliento misionero que los límites del mundo. Esta universalidad de la Resurrección que hoy celebramos, “también muestra a Jesús como resucitado y glorioso, presente en toda la creación con su señorío universal” (LS 100). De este modo, las criaturas de este mundo ya no se nos presentan como una realidad meramente natural, sino incorporadas a un destino de plenitud en Cristo.

Por tanto, el mundo no nos fue dado, sino encomendado. Así, se nos llama a establecer relaciones fraternas con todas las criaturas, y a contemplar y preservar la belleza de la creación. “Las mismas flores del campo y las aves que él contempló admirado con sus ojos humanos, ahora están llenas de su presencia luminosa” (LS 100).

Para orar:

Ana Maria L. Álvarez. Santiago de Compostela

Hoy nuestro corazón salta de júbilo, Dios Padre nuestro, por la glorificación de tu Hijo y nuestro hermano, Cristo Jesús. Él vive, Él es el Señor con pleno poder en el cielo y en la tierra. En verdad, ¡suyo es el reino, el poder y la gloria por siempre!

Danos, Señor, Espíritu de Sabiduría para conocerlo. Ilumina los ojos de nuestro corazón para que comprendamos cuál es la esperanza a la que tú nos llamas en Cristo Resucitado. Mientras tanto, queremos cumplir la tarea de cuidar nuestra Casa común, la Hermana Tierra y todo lo que en ella habita. Reconocemos la responsabilidad que nos has confiado como guardianes de tu creación. Conscientes de nuestra relación con todo lo creado, caminaremos en armonía, con amor y respeto con la Tierra y con todos nuestros hermanos y hermanas. Amén.

